

DE «EL CLAMOR INCESANTE»

NUESTRO SITIO EN LA TIERRA

Oh, mira el polvoriento desfile de las calles,
los árboles, dolorosamente secos
y aquellas casas, al lado del río
en cuya penumbra bebimos la muerte de cada tarde.

Para nosotros se guardaba el olvido,
la hora de las moribundas palabras,
sentados todos al borde del ancho lecho
sin que nadie falte—podrías llorar.

Allí, juntos, leeríamos en algún amarillento periódico
de arrugadas páginas, noticias de tiempos pasados.
Tú dirías algo; (¿no nos has perdonado?)
Y reiríamos, reiríamos con nuestra risa de entonces.

U N D I A . . .

Sabemos que ese día vendrá a nosotros
cuando las praderas devoran lo que resta del otoño,
cuando el oro sangrante de las tardes antiguas
se derrama de pronto, poblando el aire
de bien conocidos silencios; un día
detenido entre secas flores
con un olor de libro leído en la infancia
por entre arroyos claros, con matas de yerbas a los lados.

Un día favorable al olvido, a lo más puro
del errante misterio de una alegría lejana
y de nuevo resplandeciente, como única voz
que nos devolvería al aire de los sueños perdidos,
que restañara el llanto o las viejas palabras
yacentes en el fondo de la mirada, y pusiera
un temblor de hojas húmedas en las ventanas desiertas.

Leopoldo CHARIARSE.